

**À NADIE SE CULPE
DE MI MUERTE**

A nadie se culpe de mi muerte

Suicidios entre 1920-1940

Santiago y San Felipe

Daniela Belmar Mac-Vicar

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869– Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición septiembre de 2018

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego externo

Registro de propiedad intelectual N° 297034

ISBN libro impreso: 978-956-357-166-0

ISBN libro digital: 978-956-357-167-7

Director colección Historia
Daniel Palma Alvarado

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección y diagramación interior
Francisca Toral

Imagen de portada: Línea ferroviaria del fotógrafo Carlos Alfaro, 1930. Donación sucesión Matte Alessandri. © Museo Histórico Nacional.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

**A NADIE SE CULPE
DE MI MUERTE**

SUICIDIOS ENTRE 1920-1940
SANTIAGO Y SAN FELIPE

DANIELA BELMAR MAC-VICAR

PRESENTACIÓN

A lo largo de la historia, el suicidio ha constituido un tema de enorme interés. De hecho, en la introducción de *El mito de Sísifo*, Camus enciende la atención del lector al anunciar que el único problema filosófico verdaderamente serio es si la vida merece o no la pena. La respuesta a la pregunta por el sentido –tener un sentido en la vida– aparece, así, como una especie de derecho humano, de hito fundante de cualquier acción subsecuente.

La aventura de incorporar estas experiencias íntimas en la investigación científica sugiere problemas metodológicos que no siempre pueden resolverse con soltura y, sin embargo, creo que es ahí donde reside la riqueza del conocimiento que a continuación intento desarrollar. Se trata de identificar una especie de *resto*, como diría Agamben. En el caso del suicidio, se trata de eso que quedó de lo que no se pudo enunciar, de lo que la voz del sujeto no pudo traducir –ante los otros– sobre su propia experiencia. En otras palabras, de lo que terminó, al fin y al cabo, por carecer de sentido.

El interés científico a veces difiere del interés íntimo. Es lo que me tocó vivir cuando leí la carta de despedida que Enrique Lazo le escribió a su enamorada: su significado fue tan vago que hasta la Justicia interpretó que estaba inconclusa. Por mi parte, tal vez sin la valentía suficiente, la interpreté desde la intención historiadora. Desde ese lugar de pretensión científica, la carta no tenía nada específico que aclarar a los objetivos que me había propuesto; entonces, la excluí (casi) de mis análisis textuales. Sin embargo, esa fue la carta que más significado le dio a mi investigación: “Estimada Amalia, es tan triste mi desgracia, que no puedo”; su significado no es histórico, su intención es excesiva: “no puedo”. Y probablemente, el no poder conduzca al más íntimo sentimiento humano: querer lo que no se puede, lo que no “pude”, lo que no “podía...” y aun así

creer que tal vez “si lo hubiera hecho de modo distinto...”. Pero no se puede –no se pudo– y, para los sujetos que investigué, la idea de la muerte avanzó arrasándolo todo, incluso la vida.

Esta investigación está dedicada a mi querido amigo David Reffer y a mis abuelos/as y bisabuelos/as Teófilo Belmar Pereira, Teresa Cuevas Latorre, María Teresa Munita Fernández y Gabriel Mac-Vicar de la Maza. A todos los excedió el dolor que la vida les ofreció.

Índice

PRESENTACIÓN	7
PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	19
CAPÍTULO I. CONCEPTOS Y ENFOQUES	33
Estudios sobre el suicidio.....	35
Suicidio, acontecimiento y experiencia límite.....	44
Suicidio: testimonios y afectos.....	56
Suicidio y crisis.....	68
CAPÍTULO II. CONTEXTOS Y PRÁCTICAS IMPLICADAS	73
Cuestión Social, crisis y suicidio en Santiago y San Felipe, 1920-1940.....	77
Santiago y San Felipe.....	78
Contexto nacional.....	83
Contexto jurídico: significaciones y valoraciones.....	93
Contexto médico: significaciones y valoraciones.....	102
La práctica judicial: procedimientos.....	108
Instituto Médico Legal y autopsia.....	112
CAPÍTULO III. MOTIVACIONES Y ATRIBUCIONES DE RESPONSABILIDAD	119
Contextos sociales.....	122
Motivaciones del suicidio: testimonios y cartas.....	144
Los testimonios del suicida y sus cercanos.....	147
La responsabilidad.....	147
La neurastenia, la melancolía y el aburrimiento como explicaciones.....	150
El suicido como equivocación.....	157
Motivaciones declaradas del suicidio.....	164
Motivaciones y relaciones familiares.....	166
Motivaciones y relaciones de pareja.....	183

Suicidas homicidas.....	204
Motivaciones y problemas económicos.....	209
Motivaciones y enfermedad.....	213
CONCLUSIÓN.....	223
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	231
AGRADECIMIENTOS.....	243

PRÓLOGO

SOBRE UN ASUNTO CONTROVERTIDO

Hace tiempo ya que en los libros de historia nos hemos dejado de preguntar acerca de la relación entre el sujeto historiador y los sujetos investigados. Un cierto pudor explica en parte dicho fenómeno. Pudor entendido como el cuidado y el prurito que debe tener cualquier investigador que quiera ser reputado como serio, científico, objetivo. Larga discusión que, al parecer, cansa un poco, haciéndonos también “perder” tiempo, sustancia sobre la cual hemos elegido trabajar. Sin temor a equivocarme mayormente, creo que en este libro se aborda, consistente y delicadamente, esa relación afectiva (que a veces extrañamos) con nuestros sujetos o problemas históricos elegidos. Sí, porque el suicidio, temática problematizada históricamente en esta obra, nos devuelve a la pregunta básica de nuestra existencia: ¿por qué vivimos?

La respuesta a esta pregunta nos sitúa en la vida y en la muerte, en los límites vitales que conforman la existencia de los sujetos. En medio de ese arco temporal construimos *un* mundo y *el* mundo, ese universo de posibilidades, en el único donde podemos *ser*. Y, sin embargo, existen aquellos que se matan. Hieratismo de la existencia, misterios de la vida, desquiciamiento, locura, extravío, enfermedad, son solo algunos de los conceptos que utilizamos para explicarnos lo inexplicable. Buscamos una respuesta porque necesitamos entender. Entonces ahí, en ese momento, aparece el tiempo, aparece la Historia, la requerimos para que nos oriente. Y las interrogantes frente al suicidio, continúan: ¿quién se mató?, ¿quién era?, ¿cuándo y dónde se mató?, ¿por qué lo hizo? Las preguntas pueden ser infinitas, pero nadie responde, porque a quien dirigimos nuestras preguntas está muerto. Entonces, intentamos otro camino, preguntar a los testigos, a los que de una u otra

forma, presenciaron parte de los hechos. Aparece, nuevamente, una oportunidad maravillosa para el historiador. Es la oportunidad de buscar las pruebas críticas, las evidencias, los registros, las huellas vivas de la muerte violenta. En ese momento podemos decir con certeza, hay un camino humano que rastrear. ¡Empecemos!

En ese camino del suicidio, reflejo de “la experiencia de lo límite o de lo extremo”, del fracaso o la vergüenza, o de lo que “no estuvo permitido”, como señala la autora, es en donde este libro ahonda, internándose en las profundidades abisales de las emociones y los sentimientos de quienes “eligieron” matarse. Historia imposible, podrán decir algunos, porque no se puede saber lo que no se dijo ni lo que no se puede decir. Sin embargo, ninguna propuesta historiográfica puede proponer “saber”, al modo Rankeano, “cómo fueron las cosas realmente”. Esta aporía del tiempo y de la historia, como diría Ricoeur, es posible salvarla –o sobrellevarla– con una fórmula que plantea la autora, a saber: indagando en “las consecuencias sociales del suicidio”. Nosotros podríamos agregar a las consecuencias, las causas, contenido que la autora también trata.

El suicidio, estudiado en las ciudades de Santiago y San Felipe, entre 1920 y 1940, fija metodológicamente su aproximación a partir de ciertos conceptos clave. Primero, un tiempo determinado y dos contextos culturales, es decir, la ciudad de Santiago, la más desarrollada en el país para la época en estudio; y San Felipe, una ciudad semiurbana, con una estructura económica más bien rural y culturalmente más tradicional que Santiago. En esos lugares y en esos años el suicidio fue visto como una rareza: “El suicidio es un acontecimiento que fue observado desde el lugar de la extrañeza”, señala la autora. El impacto y el *shock*, derivado del factor sorpresa, lo convirtió en un evento traumático. Por cierto que fue una excepción en términos cuantitativos pero, además, fue connotado como un hecho que transgredía diversos principios constitutivos de la cosmovisión predominante. Quien se mataba era pecador, cobarde e incluso criminal. Como se señala en el libro, las consecuencias radicales de “no ser más”, que nos sumergen en la inefabilidad de

la existencia personal, es posible pesquisarlas en el entorno y en el propio sujeto suicida que se representó a sí mismo al narrar, de forma escrita u oral, su determinación.

Desde la perspectiva de la teoría de la historia surge la idea de que la historiadora se sienta conmovida por el pasado frente a su objeto de estudio. Aquí se cumple a cabalidad. Lo significativo es que logra superar aquella relación sujeto/objeto y se coloca en la relación sujeto/sujeto, lo que le permite “viajar al pasado” y aplicar el ejercicio de la empatía y la comprensión. Luego de eso, avanza en el análisis con las herramientas de la disciplina histórica, incorporando estadísticas con número de suicidios; obteniendo porcentajes entre hombres y mujeres; identificando y contabilizando los métodos para darse muerte; las edades, estado civil, grado de instrucción y ocupación de los suicidas; los intentos fallidos; entre otros datos. Toda esa información, mucho más objetiva que la del suicidio mismo, permite precisar su contexto. Además, enriquece el análisis al comparar los casos de Santiago y san Felipe.

También es importante destacar el esfuerzo por vincular los suicidios con determinados procesos históricos mayores, de orden económico, como la crisis del año 1929 y sus repercusiones en las condiciones materiales de los sujetos. La posible anomia (concepto que la autora rescata de Durkheim) producida por el desequilibrio entre las expectativas personales y las condiciones materiales que la sociedad es capaz de otorgar, de algún modo afectan al sujeto en su cotidianidad y, por lo tanto, en su emocionalidad. El malestar, la frustración o la experiencia del fracaso y la derrota logran explicar, en parte, los escenarios personales proclives al suicidio.

Las condiciones de vida en la ciudad de Santiago experimentadas como un malestar, permiten a la autora esbozar interesantes hipótesis de trabajo sobre las causas del fenómeno. Pero, a mi entender, lo que logra resolver magistralmente es el lazo, el vínculo, entre lo personal, lo íntimo, y el medio social. Nadie se mata solo, señala Antonin Artaud, y el contexto que explica el fenómeno radica tanto en lo íntimo y misterioso, como en lo socialmente revelado,

pero también, ocultado. De cualquier manera, es el resultado de una práctica situada. Esto quiere decir que, tanto las responsabilidades o motivaciones que los suicidas definieron para hacer comprensible su muerte, como las causas referidas por el entorno (deudos y conocidos), circularon bidireccionalmente. Por muy excepcional que haya sido el suicidio como fenómeno, nunca quedó fuera de la sociedad. Como excepcionalidad, también la representa. Y por más que haya sido rechazado y estigmatizado, este rechazo no logró expulsarlo de la realidad. Por el contrario, al considerarlo un hecho vergonzoso y tabú, le otorgó una potente existencia que, como lo demuestra la autora, permite estudiarlo en sus diversas variantes y dimensiones: la del suicida; la de los deudos; la del aparato judicial. De paso, advierte sobre la relevancia de la fuente judicial –el expediente–.

Una de estas dimensiones de estudio, que además resulta un aporte metodológico, es el hecho de dividir causas (circunstancias objetivables) y motivos (aspecto volitivo íntimo) del suicidio, según la variante lingüística tomada de Wittgenstein. Explorando esta intimidad suicida, la autora sostiene que estos sujetos definieron su muerte como un acto soberano y voluntario, llamándolos “suicidas coherentes”, que entra muy en la línea de lo que alguna vez Dos-toievski –en *Diario de un escritor*– denominó el “suicidio lógico”.

Según la autora, el tabú del suicidio se muestra en la ausencia de preguntas historiográficas sobre el fenómeno, situación que tiende a encontrar más obstáculos porque para abordarlo es necesario introducirse en el lábil terreno de las emociones y sentimientos que continúa siendo “una actividad poco normada académicamente”, como ella señala.

Critica la perspectiva que tiene la medicina mental y la psicología sobre el fenómeno suicida, debido a que tiende a universalizar la conducta, remitiéndola a una clasificación patológica, hasta de dimensiones epidémicas. El aporte de la Historia viene a complejizar el fenómeno, analizando la correspondencia entre los sentimientos vividos y la cultura que los observó y, en parte, también ayudó a producir. Por cierto que es una historia de las emociones, de las

sensibilidades pero, principalmente, de interacciones, de sujetos y de intersubjetividades, de un entramado valórico y social existente durante la primera mitad del siglo XX. En ese juego de posibilidades de realidad, el suicidio como fenómeno fáctico es analizado en la dimensión institucional (jurídica y médica), testimonial y en el del representacionismo social estereotipado.

Nos hacemos otra pregunta más que, creemos, es casi obligatoria cuando tenemos en frente un trabajo historiográfico ¿Cuál es el meollo del asunto? ¡Bueno!, intentar con rigurosidad una historia con sentido, esto es, que nos permita reconocernos en otro tiempo, con otras personas, con otras vidas, en *algo* misterioso, incluso ambiguo, pero común, sencillo, directo, inconfundible. En eso hay un amor, un deseo, una pasión, una alegría, una furia, una tristeza, un dolor, un fracaso, en fin, un sentimiento, uno solo, cargado de todo eso.

Sin duda que esta es una historia sobre las formas de vida y de muerte. Los años de vida de un ser humano, preñados de fragilidades e incertidumbres, invocan a esa necesidad por aquella otra pregunta que hacíamos al inicio, ¿Por qué vivimos? “Nada se pierde con vivir, ensaya”, decía Enrique Lihn en *Monólogo del padre con su hijo de meses*. “Y bien, eso era todo”, decía el mismo Lihn, refiriéndose al final de la vida en el *Monólogo del viejo con la muerte*. Espacio breve es el que existe entre el nacimiento y la muerte. Sin duda que es un instante solemne. Pero, ¿qué emoción o sentimiento tan inconmensurable puede convertir a ese instante en una eternidad? “vivir como vivo es morir lentamente en el más atroz i desesperado de los suplicios”, decía en su carta Noemí Merino, una mujer que se suicidó de un disparo en la sien, en diciembre de 1921 (Belmar, p. 146).

Intensidad de la vida es el suicidio. Todo lo demás lo podemos discutir, menos eso. “Grave edad, hay algunos que se matan /porque no pueden soportar la muerte”. Otra vez Lihn. Ya es un punto de partida reconocer esta intensidad, un espacio que permite demarcar un inicio, un comienzo. Porque si hay algo que históricamente resulta relevante es rescatar a todos aquellos a los que les perdemos el rumbo, las huellas. El suicidio, estigma y señal que se imprime

para borrar y olvidar, necesita un lugar en nombre de los muertos y de los vivos. Sabemos, por cierto, que la supuesta igualdad que la muerte entrega se quiebra con el suicidio, porque el suicida siempre será un desigual. Y eso hay que explicarlo. Para eso está la Historia. Decisión difícil pero hermosa es atreverse a hacerlo.

El gran regalo que encontramos en este libro es que la historiadora dialoga con sus fuentes. Si ponemos atención, la conversación es absolutamente audible. Aquí se cumple el anhelo historiográfico que plantea que la producción y la obra de un historiador o historiadora deben verse como una historia (Keith Jenkins, *¿Por qué la Historia?*), es decir, como un ojo y una mano que escriben lo que sienten y lo que creen. Hacer eso no es ningún delito para la Historia. Como tampoco lo es volver a repasar, casi intuitivamente, las causas imaginables e inimaginables que tuvieron los sujetos estudiados para matarse: ¿fracaso de la vida?, ¿existencia paródica?, ¿aburrimento extremo?, ¿vacío?, ¿horror por la nada?, ¿sentimiento de injusticia?, ¿incapacidad, impotencia, insuficiencia? Si todo eso “tiene” que ver con el suicidio, estamos delante de una sola cosa que podríamos llamar “malestar”. Moverse en el dolor, cansa. Y hace pensar. Si hay muchos que piensan *mucho* en el suicidio, habría que detenerse en ese punto, en esa palabra, *piensan*. Es un buen indicio de que no se está loco o, al menos, sirve para matizar lo que definimos por locura.

Si situáramos el suicidio en un plano menos dramático y violento, tal vez podríamos comprender que seguir vivo es violento y dramático, por lo tanto, morir constituiría un derecho profundamente humano. Restituir este derecho —alguna vez matarse fue un derecho en sociedades antiguas— acabaría con su estigmatización. Ya no sería una transgresión, sino una posibilidad socialmente permitida. Porque, si como señala Camus en *El mito de Sísifo*, “Todo lo que hace trabajar y agitarse al hombre utiliza la esperanza”, ¿por qué habríamos de prohibirle al sujeto crónicamente desesperanzado el derecho a la muerte? Nadie tiene derecho a matar, ni a matar-se. Pero matarse es esa cosa rara ya descrita, extravagante,

alérgica, repulsiva. Como cuando la dueña de casa le reprochaba a su pensionista agónico después de dispararse “¿Por qué hizo esto Ud., en mi casa?” (Belmar, p. 107). Qué importaba si iba morir. Lo realmente grave era que se había suicidado.

Hoy no se penaliza el suicidio, pero alguna vez sí. Hoy el suicida puede ser inhumado sin problemas en cualquier cementerio, incluso en el Cementerio Católico, pero antes no. Hoy el suicida es parcialmente execrado por la Iglesia Católica, antes lo era totalmente. Antes el suicidio fue considerado una enfermedad mental, hoy es considerado un probable síntoma de enfermedad. Eso no ha variado mucho. Antes el suicidio era rechazado socialmente, hoy, también. Es necesario reconocer en este punto una segunda certeza, y es que una regularidad histórica se cierne sobre el suicida: hasta ahora ha sido un marginado. Pues bien, ¿qué nos dice esto de las características de la sociedad? Daniela Belmar ha comenzado a contestar esta interrogante mediante una operación hermenéutica, superando lo meramente descriptivo y desafiando el problema de la “verdad” histórica que se encuentra en el “nivel superior de la semántica”. No podemos más que dar la bienvenida a este comienzo y reconocer la delicadeza y ternura que tiene la autora al hacer un llamado hacia el “cuidado por el otro”.

MARIO FABREGAT PEREDO

INTRODUCCIÓN

I

El 13 de septiembre del 2016, en una sesión especial de la Cámara de Diputados que tuvo la presencia de las ministras de Salud y de Educación para discutir el problema del suicidio en Chile, se expusieron las estadísticas sobre suicidio informadas por la Organización Mundial de la Salud. En todos los países de la OCDE, las tasas de suicidio habían tendido a disminuir, excepto en Chile y Corea del Sur, en los que las tasas de suicidio en niños y adolescentes habían aumentado. Según la OMS, la principal causa del suicidio es la depresión. Por ello, los diputados Marcela Hernando (Partido Radical) e Iván Flores (Partido Demócrata Cristiano), solicitaron a la Cámara la implementación de un plan integral de salud mental y una inyección de recursos al programa de prevención del suicidio vigente¹.

Alrededor de 1.500 personas al año se quitan la vida en Chile, pero quienes lo intentan son casi veinte veces más². El problema del suicidio y del intento de suicidio es grave, y cada vez más organizaciones apoyan su prevención. Ejemplo de ello son las iniciativas lanzadas por la fundación Todo mejora, que busca atender a la población LGBT joven y que tiene una línea de chat abierta a personas en crisis suicida; otra es “el teléfono de la esperanza”, iniciativa

¹ Cámara de Diputados, “Sesión 70ª especial, en martes 13 de septiembre de 2016, de 16:38 a 18:25 hrs.”, Cámara de Diputados de la República de Chile, https://www.camara.cl/trabajamos/sesion_tabla.aspx?prmid=3394 (consultada el 2 de enero del 2017).

² Cámara de Diputados, “Sesión 70ª”, 8.

de una ONG española presente en nueve países de América Latina, incluido Chile, al que personas con ideación suicida pueden llamar y recibir asistencia.

A partir del análisis histórico que expondremos más adelante, sabemos que en períodos de crisis económica aumenta el número de personas que muere por esta causa. Sin embargo, en los últimos diez años, Chile no ha tenido crisis de importancia por lo que, como argumento que explica el fenómeno, la crisis pareciera atravesar otras dimensiones de lo social. Una de las hipótesis con la que los especialistas explican el asunto atiende al problema de la desigualdad, consecuencia del modelo económico imperante³. Desde esta perspectiva, el suicidio puede ser entendido como la consecuencia de ciertas condiciones de vida que no les permitieron a los individuos sentirse integrados a una comunidad o a un sentido o como la conclusión de una vida de esfuerzo infructífero, es decir, como corolario de una crisis personal.

Son llamativas ciertas interpretaciones contemporáneas sobre el suicidio en las que, una vez que ocurre, aparece como algo más o menos irremediable, como el desenlace de una enfermedad mental que no se pudo curar o que, incluso, fue incurable. Un caso de suicidio bullado en la prensa chilena reciente (2013) es el de Pablo Ramdohr, un joven bioquímico que programó una nota en su blog llamado “nada importa”, para que fuera publicada horas después de su muerte. En ella atribuye su suicidio al hecho de tener una “mente rota” y así hace alusión a una suerte de condición de vida: “Lamentablemente y por más que lo he intentado no he podido amarme a mí mismo. Y vivir así es una tortura. Y todo por mi mente rota”. Pablo describe los esfuerzos que hizo por sentirse en paz consigo mismo y, sin embargo, asegura que ellos fueron irrelevantes⁴. De alguna manera, en su análisis, pesó más su condición

³ Dagoberto Duarte, *Suicidio en Chile: un signo de exclusión* (Santiago: Editorial Universitaria, 2007), 18.

⁴ Pablo Ramdohr, “Azida de Sodio”, Blog *Nada Importa*, <http://opiados.blogspot.cl> (consultada el 2 de enero del 2017).

que su voluntad; es más, su condición (la mente rota) habría determinado su acto.

El suicidio atiende a ciertas interpretaciones sobre la vida que hace una persona y es desde ahí desde donde surge la idea de que el suicidio puede ser un acto de la voluntad personal y no solo la consecuencia de una condición de enfermedad. Creemos que esto complejiza aún más la discusión científica y filosófica acerca de si es posible entenderlo como un acto libre o como el final irremediable de algo que ya había sido determinado.

A lo largo del siglo XX, Chile experimentó cambios acelerados y los modelos económicos existentes buscaron hacerse cargo de ellos. En la actualidad, las posibilidades de endeudamiento que el modelo económico le otorga a la población chilena plantean el problema de la frustración: la sociedad de consumo crea expectativas que la condición económica, muchas veces, es incapaz de cumplir, aun cuando las personas trabajen duramente por su bienestar. Esa experiencia de frustración la vemos diariamente en la televisión y en la calle, por ejemplo, en las inversiones que hacen muchos jóvenes para realizar estudios universitarios con préstamos bancarios en escenarios laborales monopolizados por las redes de contacto y de poder; también en pequeños emprendimientos comerciales que terminan fracasando producto de la competencia desleal de las grandes empresas, de modo que quienes los intentan terminan muchas veces más empobrecidos que antes. De algún modo, el modelo económico que impera en Chile deja mucho espacio para la frustración de quienes intentan obtener el ascenso social que el discurso que sostiene el modelo antes señalado ofrece, pero que, sin embargo, normalmente solo es realizable para un grupo pequeño de la población.

Eduardo Miño, un miembro del Partido Comunista, antiguo trabajador de Pizarreño víctima del asbesto, es un representante del suicidio que se justificó en la injusticia social. Una tarde de diciembre del 2001 entregó una carta a los transeúntes de la Plaza de la Constitución en la que reclamaba a la industria Pizarreño y al

gobierno chileno el hecho de no haber protegido a los trabajadores, permitiendo la muerte de más de 300 personas a esa fecha. Luego se clavó un cuchillo en el abdomen y se prendió fuego en la plaza pública. Murió⁵.

A partir de esta fotografía de la realidad actual, surge la inquietud por la expresión de la frustración en el pasado y, en esa línea, por su versión más radical: el suicidio. Ciertamente, las transformaciones que ha tenido la sociedad chilena en los últimos cuarenta años plantean desafíos específicos con respecto a este tema que esta investigación no pretende resolver. De hecho, en las últimas décadas, la psicología y la psiquiatría han entregado claves de análisis sobre las conductas que adoptan los sujetos frente a situaciones dolorosas que evidencian lo complicado que les resulta a los profesionales evaluar una enfermedad e identificar y aplicar tratamientos exitosos.

En los últimos años, los manuales de salud mental han clasificado las conductas de los individuos, otorgando respuestas y soluciones que han sido efectivas para el control estatal de la población. Hoy vemos cómo los países estudian los índices de felicidad o de dolor entre sus habitantes. En ese ejercicio positivista, la historia individual es muchas veces invisibilizada por los diagnósticos clínicos. De alguna manera, estos generan un prejuicio que imposibilita el análisis biográfico o, dicho en otras palabras, la conciencia histórica se ve afectada por las conclusiones causales e “irrefutables” de la medición. Creemos que este tipo de datos anula o descuida la posibilidad de narrar una historia cuando son entregados sin otros antecedentes. Este problema no es nuevo y algunas ramas de la psicología discuten con las perspectivas psiquiátricas más tradicionales y evitan los diagnósticos por su reducida especificidad biográfica. Desde esta perspectiva, la depresión, como enfermedad mental que

⁵ *Emol*, “Hombre se quemó a lo bonzo frente a La Moneda”, *Emol*, 30 de noviembre del 2001, <http://www.emol.com/noticias/nacional/2001/11/30/72625/hombre-se-quemo-a-lo-bonzo-frente-a-la-moneda.html> (consultada el 2 de enero del 2017).